



Revisando el concepto de Posmodernidad

*Roberto A. Follari**

Resumen

Lo posmoderno no es una moda, ni una casualidad; implica una fuerte modificación de las condiciones culturales, a la par que una recomposición de las formas de la subjetividad. Responde a condiciones objetivas de agotamiento de la cultura moderna, y de aparición de las nuevas tecnologías, entre ellas las TICs. Y no debe confundirse con el posestructuralismo, posición teórica que responde a un momento final de la modernidad, manteniendo su acento crítico. En cambio, lo posmoderno no es un talante de oposición, sino de tolerante aceptación de lo dado. Cabe discutir la peculiaridad de lo posmoderno en Latinoamérica, donde la modernidad no ha sido agotada, y a veces ni siquiera iniciada.

Palabras clave: Modernidad, posmodernidad, sobremodernidad, Latinoamérica.

Recibido: 25/01/2006 Aceptado: 25/02/2006

* Profesor de grado y postgrado, Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza, Argentina). Correo electrónico: robfollari@ciudad.com.ar

Reviewing the Concept of Posmodernity

Abstract

Posmodernity is not a fashion, neither a casualty; it supposes a strong modification in cultural issues, and the apparition of new ways for subjectivity. It depends of objective conditions about modern culture's exhaustion, and circulation of new technologies, ICTs between them. And we have not to mistake the postmodern thought for the poststructuralist one; this last position is part of a final moment of modernity, so it maintains a critic style. Instead, postmodern way does not prefer opposition, but a tolerant acceptation of reality. It is important to discuss Latinoamerica's postmodernity peculiarity, because there modernity has not been finished yet, and somewhere it has not even begun.

Key words: modernity, postmodernity, overmodernity, Latin America.

Categoría tan utilizada como escasamente esclarecida, la de “posmodernidad” dio lugar a un considerable debate en los años ochentas y noventas del siglo XX, para perder presencia académica posteriormente, precisamente al haber sido *absorbida* por el sentido común y el uso cotidiano y periodístico.

Si bien no existen acuerdos teóricos solidificados a su respecto, en cuanto a su utilización en el lenguaje *ordinario* —una denominación problemática para tal lenguaje— no es difícil advertir que sí hay un margen de consenso: se está refiriendo a las condiciones culturales que se han dado a nivel planetario en las últimas décadas, caracterizadas por la producción de una nueva modalidad de subjetividad. Esta subjetividad es oscilante, variable, sin centro fijo ni continuidad de sentido y convicciones. De tal modo, da lugar a un comportamiento que se ha descrito como *light*, poco comprometido con los otros y con las grandes causas éticas y políticas de interés colectivo o universal.

De tal modo, lo posmoderno alude a un sujeto centrado sobre sí mismo, sumido en una modalidad de *neonarcisismo* que resulta post-ético, al menos en relación a las éticas normativas que caracterizaron la modernidad. Este abandono de los grandes criterios de orientación axiológica que se pretendían universalistas y propios de una razón que los fundaba, conlleva una moral más cercana a la privacidad y al uso de los pla-

ceres, lo cual, según ha descrito Lipovetski (1986, 1994), configuraría sujetos que pueden derivar hacia el sin-sentido, pero que no padecen los males modernos de exigencias tiránicas a las cuales adaptarse, y que se encontrarían en mayor relación de conformidad consigo mismos que los de generaciones anteriores.

Tal descripción es compartida incluso por los muchos críticos y detractores de la posmodernidad, quienes admiten que se está ante un tiempo de descompromiso con lo colectivo y regresión a los intereses más próximos e inmediatos. Es de destacar que tales críticos de lo posmoderno a menudo parecen sostener una noción *fundacionalista* del universo cultural¹ según la cual si se rechaza los discursos filosóficos y teóricos que abonan lo posmoderno, se estaría tendiendo a la superación práctica del fenómeno posmoderno mismo.

Esa última idea invierte las relaciones entre la realidad material-social y las condiciones de la teoría, tomando a ésta como idealidad cristalizada. Cabe subrayar que no hay posmodernidad cultural porque haya autores posmodernistas, sino que estos últimos surgen por la existencia de la condición posmoderna preexistente en la cultura. De tal manera, el problema de la existencia de lo posmoderno no es de ningún modo intrateórico, sino que es una cuestión tecno-político-cultural de orden epocal.

De modo que es necesario despejar la habitual confusión que se produce hacia quienes hacen la admisión de la existencia de la posmodernidad como fenómeno, en relación con quienes asumen adscripción a los valores predominantes en la posmodernidad —a esto último cabe denominarlo *posmodernismo*. Para constatar la existencia de lo posmoderno no se requiere ser posmodernista; si ello se aclara suficientemente, permitirá a quienes no se identifican con el tipo de cultura hegemónica en lo posmoderno admitir la existencia del fenómeno, sin creer que su simple negación abstracta sirva para suprimirlo.

En todo caso, quien quiera sostener algún tipo de eficacia en cuanto a modificar las condiciones de lo posmoderno como efectivamente existente, deberá partir de reconocerlo en cuanto fenómeno social “en acto”. Fenóme-

1 Sin dudas Jürgen Habermas ha sido el más célebre, aun cuando su posición sobre “modernidad inconclusa” promueva no pocos interrogantes. Ver su libro **El discurso filosófico de la modernidad**, Taurus, Bs..Aires, 1989.

no que, por cierto, se ha visto considerablemente potenciado en los últimos lustros por los efectos de los *mass media* electrónicos, caso televisión satelital, y por tecnologías como la de Internet.

1. La necesidad de una teoría

Los (parciales) acuerdos descriptivos acerca de lo posmoderno no han obstado para que exista al respecto notorias dificultades de conceptualización. Los estudios de carácter *expresionista* sobre la temática han abundado, dando lugar a una vasta literatura en la cual cuesta reconocer categorías precisas y sistemáticas.

Así, lo posmoderno aparece vagamente considerado como una especie de cultura neorromántica que hipervalora lo afectivo y lo sensible por sobre lo racional y lo abstracto, sin más precisiones sobre la peculiar condición histórica en que este fenómeno aparece. De tal modo, surgen posturas como las que entienden que existió posmodernidad antes de la modernidad (lo cual es obviamente aporético), o al menos que no hay diferencias apreciables entre el rechazo pre-moderno y el post-moderno a la razón universalista de la modernidad. Otras posiciones, surgidas en Latinoamérica, tienen a creer que esta región fue posmoderna casi desde sus orígenes, en tanto espacio barroco y de mezcla caleidoscópica, como si la modalidad posmoderna de mezcla no fuera específica y diferente de otras que se dieron previamente en diferentes culturas. Cuando se plantea las cosas de esta manera, se llega a la paradójica conclusión de que un subcontinente que aún hoy no ha completado la llegada a la modernidad en buena parte de su población, habría sido posmoderno mucho antes de que el concepto mismo de posmodernidad comenzara a esbozarse.

Todas estas inconsistencias muestran cómo la temática de lo posmoderno ha dado lugar a tratamientos poco elaborados, a menudo basados en la sola descripción, el rechazo o la apología; y hasta qué punto pocas veces ha sido suficientemente teorizado y conceptualizado. Un cierto ejemplo al respecto es el trabajo de una ensayista argentina que en otros desarrollos de su obra es impecable, pero que en su libro sobre lo posmoderno no hace más que un amplio abanico narrativo carente de cualquier explicación de conjunto, donde en ningún momento tematiza, por ej., la relación de lo posmoderno con lo moderno y cuáles son sus mutuas imbricaciones y rupturas (Sarlo, 1994).

Poner clave teórica en la cuestión ha resultado imprescindible frente a este universo temático disperso y problemático. Una cuestión cuyo inicio histórico, sin embargo, sí aparece delineado: lo posmoderno apareció por vez primera como categoría que remite a un estilo arquitectónico surgido en la época de los cincuentas del siglo XX, pero que alcanzó éxito masivo varias décadas después. Un estilo que luego se difundió hacia todas las artes plásticas, con éxito variable según el caso. Lo propio de tal estilo es la mezcla, el pastiche; una forma paródica de mezclar tendencias pertenecientes a contextos y momentos históricos claramente diferenciados que resultan superpuestos y combinados, promoviendo un cierto efecto de irrealidad, de des-substancialización del tiempo y de los objetos involucrados en esta condensación de temporalidades.

Fue Lyotard quien hacia 1980 decidió hablar de “condición post-moderna” para referirse a la sociedad del capitalismo avanzado de la época, logrando una enorme repercusión (Lyotard, 1981). Por supuesto, la evocación del estilo en plástica llevó de inmediato a advertir que se nos llamaba a una analogía con las nuevas modalidades del saber y de la subjetividad, las que abandonaban los criterios racionalistas del progreso y la evolución histórica, para buscar el acontecimiento, la diferencia y la *paralogía* como aquello que valía la pena perseguir.

2. Lo posmoderno como “sobremoderno”

Algunos autores constataban con acierto que en las últimas décadas se siguen produciendo procesos de *modernización* (readecuación operativa de los procedimientos y las tecnologías), lo que les llevaba a pensar que lo moderno no estaba muerto, y que por ello debía haber un error en la noción posmodernista por la cual se creía haber dejado atrás a la modernidad.

Otros mostraban cómo en el espacio del Estado y de las grandes empresas se mantenían el disciplinamiento y el rigorismo propios de la modernidad dominante, de manera que entendían que la noción de posmodernidad no se hacía cargo sino de un fenómeno relativamente restringido que no tendría universalidad en su presencia social, y que no afectaría a las relaciones de poder más estructurales y decisivas.

Las dos descripciones anteriores no son erradas. Sin dudas que las modernizaciones procedimentales continúan actualmente, de modo que lo posmoderno no es antitético con ellas; y también es verdad que el po-

der sostiene áreas en las que el disciplinamiento continúa, donde el cambio de la represión y el orden por la seducción –y por cierto desorden tolerante– no se verifica.

Lo que sí sucede es que los efectos culturales del avance tecnológico que se logra actualmente a partir de esas prácticas de modernización, son muy diferentes de los de la modernidad. Ya no llaman a la pretensión del progreso indefinido o a la idea de la naturaleza como inagotable fuente de obtención de beneficios, como si ella careciera de límites y no fuera afectada por el uso. Ni tampoco a la seguridad de que los nuevos tiempos sean mejores que los anteriores, ni siquiera a que las modas actuales superen lo vivido en otros tiempos.

Por ello el auge de los estilos paródicos en la moda y en el arte, y las marcas autorreferenciales en el cine y la televisión. Ya no se pretende objetividad, racionalidad a la que se esté respondiendo, despliegue de la historia en un impulso hacia el futuro pensado como superador. Por tanto, las modas remedarán el pasado pero sin densidad nostálgica ni angustia existencial, sosteniendo un presente sin profundidad que ya carecería de cualquier pretensión de novedad.

Interpretar lo posmoderno como “sobremoderno” (Augé, 1992) permite comprender cabalmente lo anterior. Lo posmoderno no sería –entonces– una inversión simple de las tendencias de la modernidad, sino su continuidad con otros resultados. El avance tecnológico hacia lo virtual, los viajes, las grandes ciudades, la mezclas étnicas llevan hacia un mundo donde el sujeto se descentra, pierde su posibilidad de autocontrol y coherencia interna, y tiende a la dispersión, al abandonarse a la sensibilidad del instante y a la pérdida de normativas que trasciendan lo relativo.

Vattimo lo ha presentado claramente, al referir a la posmodernidad como “rebasamiento” (no como “superación dialéctica”) de la modernidad (Vattimo, 1987), basándose en una lectura atenta del artículo “La época de la imagen del mundo”, de Heidegger. Este último se refería al *gigantismo* de Hollywood de fines de los años cincuentas como ocasión para el reemplazo de un ser humano anclado en el cálculo y en la metafísica propios del sujeto de la conciencia. Sería la “chance” histórica para aprender a soportar la contingencialidad, la condición del ser habitado por su historicidad eventual, al haber quedado dispensado de la noción de dominio técnico propia de los inicios del pensamiento científico. La técnica habría así invertido sus resultados: en vez de ser continuidad de

la mano del ser humano para aumentar su dominio intencional sobre el mundo, sería ahora forma de inmersión de la inmensidad del mundo en la subjetividad, abismando a ésta hacia la supresión de su pretensión de soberanía. Históricamente se darían así las condiciones para el abandono del cartesianismo, presentado por Heidegger como una nueva forma de platonismo y de dominio de la mente sobre el sujeto todo.

3. ¿Qué fue la modernidad?

Por supuesto, comprender lo posmoderno implica entender en qué consistió la modernidad, como tiempo dominado por la subjetividad. No, por cierto, la subjetividad del arte ni la del rito, la de lo afectivo o lo expresivo, que es precisamente lo que dicha modernidad confinó hacia el olvido o hacia los márgenes. Se trata de la subjetividad racionalista que pretende el conocimiento objetivo del mundo a fines de dominarlo, en el sentido que Descartes planteó paradigmáticamente.

Desde ese punto de vista y en contra de cierto “sentido común filosófico”, nada más subjetivo que el positivismo (advertencia que, desde el pragmatismo, también había sostenido Habermas, 1982). Se trata aquí del sujeto de la conciencia, sujeto puesto al dominio, y por ello al cálculo racional como ejercicio primario de la existencia.

La modernidad tuvo como propósito, entonces, poner a la razón en el restringido sentido de *razón calculatoria* en el centro de su proyecto. Proyecto de dominio científico-técnico del mundo, el cual estaría entonces ofrecido a una “visibilidad” que permitiera el acceso empírico a tal mundo, objetizado como lugar de *mirada* de la ciencia.

A esto podemos llamarlo “modernidad hegemónica” o dominante, y representa por cierto la tendencia mayoritaria de esa época, surgida alrededor del siglo XVII. Tendencia que permanentemente estuvo acompañada por una impugnación interna, que buscó reivindicar lo que esa hegemonía dejaba fuera: lo artístico, lo estético, lo extático, lo erótico. Desde los comienzos de la modernidad tal impugnación se hizo presente: es el caso de Pascal frente a Descartes, y por cierto del romanticismo propio de los siglos XVIII y XIX, con su retorno imaginario al pasado y a

la naturaleza ante la creciente urbanización, y el consiguiente desencantamiento del mundo².

Vemos, entonces, que lo romántico (propio de la *modernidad negativa*) y la posmodernidad son diferentes entre sí tanto en sus situaciones de emergencia histórico-social como en los contenidos sostenidos (lo posmoderno no pretende ningún retorno al pasado, sino una disolución irónica de éste). De tal modo, es claro que no cualquier rechazo de la razón moderna puede ser considerado posmoderno; este último es un peculiar modo de rechazo, que en realidad no abomina de la razón tecnológica, sino la supone como parte constitutiva del nuevo tipo de ser humano que promueve.

Lo cierto es que la modernidad negativa acompañó a la dominante como su necesaria sombra dialéctica, su polo negativo inmanente. De tal modo, podemos interpretar el decurso mismo de esa modernidad negativa como resultante del aumento de las condiciones de imposición de la modernidad hegemónica. A medida que aumentaron la burocratización e impersonalidad de la existencia, y la modernización de las prácticas sociales las alejó de la naturaleza y las configuró por completo dentro del reglado espacio de la convivencia urbana, fue aumentando la virulencia de la “crisis de la razón”, es decir, de las formas artísticas y teóricas de rechazo de la razón moderna y sus efectos.

De tal modo, la modernidad negativa pasó por diversas fases: la literatura descentrada (Rimbaud, Mallarmé, Dostoievski) que acompañó el tronar de Nietzsche contra la razón supuestamente neutra; luego las vanguardias plásticas y para su tiempo escandalosas de comienzos del siglo XX, mientras en filosofía se alzaba la ontología heideggeriana que declaraba que “la ciencia no piensa”; ya luego la filosofía existencialista por una parte, como muestra de la conciencia infeliz de una subjetividad a la que la razón nada decía sobre la soledad o el absurdo, y por otra la Escuela de Frankfurt con su radical ataque a la razón instrumental y a la creciente tecnoburocratización de la existencia a partir de los efectos de la ingeniería social, presentada como “científica”.

2 Sobre la “modernidad negativa”, ver Follari, Roberto (1990): **Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina**, Aique-Rei-IDEAS, Bs.Aires.

Como se ve, esta modernidad negativa fue radicalizándose en la medida en que enfrentaba a un mundo cada vez más “realizado” en el sentido opuesto a sus preferencias; ese mundo cada vez más concentrado en los efectos de la productividad tecnológica como posibilitadora de consumismo y homogeneización cultural.

La última fase previa a lo posmoderno, es decir, la fase final de la modernidad como época de la cultura (interior por cierto al capitalismo y sus modalidades de ejercicio de la actividad económica, capitalismo que continuará en lo posmoderno) implicará en ciencias sociales y filosofía al *posestructuralismo*. Es importante destacarlo porque muy a menudo, tanto partidarios como detractores de la posmodernidad asumen que los autores posestructuralistas serían posmodernos, siendo que existen homologías, pero también decisivas diferencias entre ambos.

No podemos desarrollar aquí a autores además muy conocidos, como el Foucault de la microfísica del poder, o Derrida en el conjunto de su obra, el último Barthes, Deleuze y hasta incluso el Lacan final. Son muy disímiles entre sí, y por cierto cada uno de ellos con diversos momentos, desarrollos y etapas, los cuales a su vez guardan en cada caso complejidad y exigen un análisis minucioso, que excede tanto este trabajo como las posibilidades de una pesquisa individual.

Lo que sí puede afirmarse sin ambages, es que el ataque a la razón en este caso es mucho más radical que el de la Escuela de Frankfurt. Esta última guardaba aún una noción de racionalidad sustantiva que se sus- traía a la crítica. En cambio, los posestructuralistas arrasan con la razón en su conjunto como una pretensión totalitaria y atentatoria contra la sensibilidad y el acontecimiento, como una forma medrosa de exorcizar la aleatoriedad intrínseca del mundo. De tal manera, su discurso es disruptivo y desestructurante, y en cierto modo des-arma no sólo las nociones de sujeto, objeto y conciencia, sino incluso las de discurso articulado y sistematicidad conceptual.

Los tópicos de la *diferencia* y del “enfrentamiento al todo” tipifican la obra de los posestructuralistas, cuyo auge podemos situar entre la última mitad de los años 60 y toda la década de los setentas del siglo XX, aunque su presencia no haya desaparecido por completo a posteriori.

Ellos se basaban en Nietzsche y Heidegger, al igual que los posteriores autores posmodernos (Baudrillard, Lyotard, Vattimo, Lipovetski, a su propia manera Rorty). Y asumieron los mismos temas centrales que

ellos, lo cual ha avivado la confusión sobre el supuesto posmodernismo de los posestructuralistas.

Pero no sólo hubo algunos rechazos explícitos por los primeros (p.ej. de Foucault y de Deleuze) hacia la idea misma de ser considerados *posmodernos*, sino que además ellos nunca dijeron serlo. Y esto no es casual, dado que la diferencia de suelos históricos desde los cuales se hizo la escritura –entre ambos conjuntos de autores– es muy grande.

Por cierto los posmodernistas tampoco tienen mucho en común entre sí, que no sea su aceptación de la condición histórica que les ha tocado. Vattimo es el más propiamente filosófico y a la vez asumido en la época como nueva *chance* histórica de la humanidad; Lyotard tendió a identificar lo posmoderno con los tópicos de la modernidad crítica y la vanguardia; Baudrillard practica un ensayismo inclasificable que se ubica entre el escepticismo y el abierto cinismo frente a un presente entendido como fatal; Lipovetski es casi un propagandista sin matices de esta época asumida como reino realizado de la libertad kantiana.

Pero ¿cuál es la disimilitud que guardan con los posestructuralistas, si remiten preferencialmente a los mismos autores –Nietzsche y Heidegger–, y toman como centrales los mismos puntos temáticos –evento–, diferencia?

Es una disimilitud de suelo histórico: los posmodernistas escriben a posteriori de 1980, cuando aquello que llamamos posmodernidad ya se hubo inaugurado. Y ello implica que se había dado una “absorción” de la negatividad que portaba la “modernidad negativa” al interior de la nueva cultura oficializada; de manera que lo posmoderno en su “rebasamiento” de la modernidad, ha consumado a ésta asumiendo a la vez sus dos polos e integrándolos en una sola direccionalidad de funcionamiento.

Desarrollado de otra manera: lo tecnológico fue la cara opuesta a la modernidad negativa. Se trataba del mundo regimentado y ordenatorio de la razón, contra el espacio del evento y lo no circunscrito por el cálculo. Esa oposición signó la historia toda de la modernidad. Y en ella se supuso que la ruptura con el pensamiento centrado en la conciencia, sus continuidades y sus exigencias de coherencia homogeneizante, daría lugar a una revolución de las costumbres, una subversión del orden cultural y político dominantes.

Pero llegó lo posmoderno y nada de tal subversión ocurrió. Sin embargo, se destronó al sujeto epistémico, al control científico sistemático

y al ordenamiento conceptual consiguientes. Pero ello no fue contra el orden establecido, sino de su mano; y no se logró sólo por acción de las vanguardias y las teorías desestructurantes, sino también como efecto de las nuevas tecnologías, es decir, en gran medida como consecuencia de aquello que se pretendió impugnar.

Esto explica algunos equívocos, como la euforia de Lyotard con lo posmoderno como si hubiese sido el triunfo del pensamiento negativo, con repetidas citas de Adorno. Y su posterior desilusión al respecto, cuando en sus últimos textos pronuncia una enigmática saga contraria a lo posmoderno que tanto él había defendido (Lyotard, 1996:7), al haber advertido en su decurso que la nueva estetización de la existencia no conllevaba crítica social alguna.

También explica la falta de consistencia de los racionalistas, quienes a pesar de que la ciencia ha sido parte decisiva en la emergencia de lo posmoderno a través de la tecnología, carecen de una comprensión mínima al respecto, por lo cual suelen rechazar frontalmente lo posmoderno, no asumen su propia responsabilidad sobre su existencia, e incluso continúan actuando de tal modo que pueden ser funcionales a tal condición posmoderna potenciando lo tecnológico, aun cuando a nivel de sentido explícito la repudien totalmente.

Y esta concepción de lo posmoderno como absorción/consumación de la modernidad en sus dos facetas contrarias, finalmente permite constatar que si se trabaja teóricamente lo posmoderno, puede advertirse que responde a condiciones culturales extrateóricas, de modo tal que las distancias entre los posestructuralistas y los posmodernos puede rastrearse en los textos, pero no está producida al interior de ellos. Mientras los primeros aún creían en la tensión discursiva como negación de lo existente, los segundos asumen que el mundo de la diferencia y la tolerancia que los primeros promovían ya existe, que hoy es lo afirmativo/dado. Por supuesto, bastante lejos de las (anteriores) expectativas rupturistas de los Foucault y Deleuze, y de sus discursos encendidos. Se trata de lo posmoderno como realidad módica, convencional, en la cual el capitalismo de consumo se autopromociona por vía del neoindividualismo en auge.

4. Despejar equívocos

Entendemos que en buena medida lo posmoderno como condición cultural (Follari y Lanz, 1998) favorece al capitalismo en su fase expansiva mun-

dial de ideología neoliberal. Sin embargo, constituye un severo error confundir neoliberalismo con posmodernidad, como a menudo suele hacerse.

Es cierto que hay consonancia entre ambos, a partir de la vertiente individualista compartida. Y que la caída de “los grandes relatos” (Lyotard) entre los cuales es central el de la revolución, ha disminuido las bases morales para la militancia y la lucha anticapitalistas.

Pero estas convergencias no hacen identidad entre ambos fenómenos. En primer lugar, el auge neoliberal a nivel mundial es posterior al surgimiento de lo posmoderno. Si bien Thatcher y Bush padre estaban presidiendo sus respectivos países en los años ochentas, es la caída del “socialismo real” el acontecimiento que promueve triunfalismos como el de F.Fukuyama, y la creencia mayoritaria de que el capitalismo es el horizonte irrebasable de la historia. Lo posmoderno ya llevaba una década de vigencia para entonces.

Pero no es la asincronía lo principal, sino la diferencia de registro y alcance entre ambos fenómenos. Lo posmoderno es una condición de época, un “proceso sin sujeto” como hubiera dicho Althusser, el ámbito en el cual y desde el cual ya-somos. Dentro de esa condición cabrían diversas opciones político-ideológicas. El neoliberalismo es una entre otras (no es la única alternativa posible dentro del mismo capitalismo), es decir, es una estrategia concreta, una doctrina para orientar acciones y tácticas específicas, y por ello, de ningún modo un horizonte histórico estructuralmente constituido.

Cabe la lucha contra el neoliberalismo, pero en cambio, si uno no comparte las premisas de la cultura posmoderna, no tiene sentido oponerse a lo posmoderno sino promover otros valores *desde dentro* de lo posmoderno mismo. Este es un *humus* cultural compartido dentro del cual se está, al margen de que se quiera o no.

Por supuesto habrá quien niegue conceptualmente la existencia de tal condición; pero hay razones teóricas y bases empíricas suficientes para sostener consistentemente su existencia. También hay quienes asumen lo posmoderno como *collage* de sensaciones que podría aparecer en cualquier momento, no como un “después” de lo moderno; pero no hay en quienes sostienen esa posición una comprensión de la peculiaridad que alcanza lo posmoderno precisamente en tanto rebasamiento de la modernidad.

Y esto último hace a un problema muy discutido, el de si existe posmodernidad en Latinoamérica. Muchos han creído que se trata de una ca-

tegoría “importada”, en tanto respondería sólo a la condición de los países del capitalismo avanzado.

Se trata de una polémica compleja. Diremos que no nos parece que Latinoamérica deje de estar inserta en los procesos propios del sistema-mundo, como es la globalización hoy en curso. Por ello, los efectos culturales e ideológicos de lo que ocurre en el capitalismo a nivel internacional nos afectan concretamente, aun cuando no los vivamos de igual manera que en los países del capitalismo central.

A la vez, si bien en Latinoamérica hay zonas rurales que no han pasado por la modernidad, existen megalópolis mucho más pobladas que las del capitalismo central (por las migraciones en busca de trabajo). En cuanto a la televisión cable, que da lugar a fenómenos de subjetividad descentrada y atención oscilante por vía del *zapping*, se despliega en Latinoamérica más que en ningún otro continente del mundo.

Por lo anterior, diríamos que en Latinoamérica existe una posmodernidad “sui generis”, que cohabita con una modernidad heterogénea e inconclusa. Los fenómenos de agotamiento de los grandes relatos revolucionarios, por ej., también se dan en la región, aun cuando por razones diferentes de las del capitalismo central (p.ej., efectos de las dictaduras militares). También se advierte la existencia de tribus juveniles urbanas, la de identidades fluctuantes, y la pérdida de sentidos “fuertes” desde el punto de vista ético, todos fenómenos que tipifican las modalidades conocidas de adscripción cultural posmoderna.

Referencias bibliográficas

- AUGÉ, Marc (1993) Los “no lugares”. **Espacios del anonimato** (una antropología de la sobremodernidad), Gedisa, Barcelona.
- FOLLARI, Roberto (1990) **Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina**. Aique-Rei-IDEAS, Bs.Aires.
- FOLLARI, Roberto y Rigoberto Lanz (1998) (comps.): **Enfoques sobre posmodernidad en América Latina**, Sentido, Caracas.
- HABERMAS, Jürgen (1982) **Conocimiento e interés**, Taurus, Madrid.
- _____ (1989) **El discurso filosófico de la modernidad**, Taurus, Bs.Aires.
- HEIDEGGER, Martin (1969) “**La época de la imagen del mundo**”, en Heidegger, M.: *Sendas perdidas*, Losada, Bs.Aires.
- LIPOVETSKI, Gilles (1986): **La era del vacío**, Anagrama, Barcelona

_____ (1994) **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona.

LYOTARD, Jean-Francois (1981) **La condizone post-moderna**, Feltrinelli, Milano.

_____ (1996) **Moralidades posmodernas**, Tecnos, Madrid.

SARLO, Beatriz (1994) **Escenas de la vida posmoderna**, Ariel, Bs.Aires.

VATTIMO, Gianni (1987) **El fin de la modernidad**, Gedisa, Barcelona.